

# EL LAZO INDELEBLE DE LA MEMORIA

Blanca Solares

## Resumen

La autora pone de manifiesto el fracaso del sueño de la razón y del adelanto cultural de la humanidad, subraya que la violencia persiste en el mundo moderno debido a que ésta es parte inherente y constitutiva del ser humano. Sugiere que la sociología debería prestar más atención a los rasgos profundos del sí-mismo individual y social.

## Abstract

The author manifests the failure of the dream of reason and progress, and arguments that violence persists in the modern world because it is inherent and constitutive of human beings. Finally, she suggests that sociology should pay greater attention to the profound characteristics of individual and social selves.

**H**ace ya unos años, cuando impartía un seminario sobre uno de los textos, en mi opinión, más contundentes en relación con la crisis del mundo moderno, *Dialéctica de Iluminismo*, repentinamente quedé enmudecida. Trataba de explicar la actitud crítica de los autores de la Escuela de Frankfurt, T. W. Adorno y Max Horkheimer, en relación con su contundente visión del proceso civilizatorio occidental como catástrofe y barbarie organizada, muestra de lo cual era el exterminio monstruoso e inconcebible de seis millones de judíos durante la Segunda Guerra Mundial, cuando un asistente me miró y como diciéndome, se de lo que hablas, no te esfuerces tanto en tratar de explicármelo, me dijo sencillamente: Yo he estado en un campo de concentración.

Su aspecto elegante y su sonrisa amorosa y fresca, el brillo de unos ojos ávidos y siempre curiosos, su aparente edad, me impedían conectar a esa persona con lo que sus palabras acababan de expresar. Me quedé a la espera de que se explicara y, al mismo tiempo, sin querer, que continuara, pues tenía la certeza de que había abierto, una vez más, una herida para cuyo dolor no había justificación alguna.

Se puede decir, de acuerdo a una vertiente histórico-crítica de la cultura que el origen de la violencia, el poder y el afán de dominio se remontan hasta los orígenes del hombre mismo. según René Girard, la violencia no sólo funda la cultura sino que se perpetúan a través de ella ya las primeras e incipientes instituciones sociales y civilizatorias. En las sociedades tradicionales, la violencia aparece vinculada directamente con lo *sagrado* que, en la misma perspectiva pesimista de Girard, es todo aquello que domina al hombre con tanta mayor facilidad en la medida en que el hombre se arroga la creencia de que es capaz de dominarlo:

Es, pues, entre otras cosas pero de manera secundaria, las tempestades, los incendios forestales, las epidemias que diezman a una población. Pero también es, y, fundamentalmente, aunque de manera más solapada, la violencia de los propios, la violencia planteada como externa al hombre y confundida, a partir de entonces, con todas las demás fuerzas que pesan sobre el hombre desde fuera. *La violencia constituye el auténtico corazón y el alma secreta de lo sagrado.*<sup>1</sup>

Comprender, entonces, desde la modernidad, “por qué la humanidad en lugar de entrar en un estado verdaderamente humano desembocó en un tipo de barbarie”, el objeto de investigación de la Teoría Crítica, verá rebasada la propia tendencia objetiva de las expectativas del científico confiado en los progresos de la ciencia y su fe en la razón como guía del desarrollo histórico, una ciencia que concibe el pensamiento religioso como conjunto de fenómenos disparatados y absurdos, pero cuya realidad gira en torno de la violencia esencial humana.

Adorno y Horkheimer lo sabían. Pero estaban también persuadidos de que su opuesto, la irracionalidad humana potenciada por la eficacia tecnológica de los *mass media* era el cómplice principal del genocidio reciente, obstinadamente, se empeñaron en la defensa de la razón iluminista como guía, posibilidad o anhelo de lo *Ganz Andere*, lo completamente otro en el horizonte sin límite de una vida absolutamente distinta del orden de la opresión.

Cuestionar la razón y a la vez confiar en ella. Esta ambigüedad, que

<sup>1</sup> René Girard, *La violencia y lo sagrado*, Ed. Anagrama, Barcelona, 1983, p. 38.

se haya en el corazón mismo de la comprensión de un fenómeno de masas como fascismo, la agresión, la persecución y el crimen masivo, instrumentalizados y potenciados desde la inconsciente por la "industria de la cultura", empíricamente apuntalados, en la actualidad, por la tecnología del armamentismo nuclear, constituye la aporía más nítida del pensamiento crítico, la denuncia más radical de la razón instrumental dominante y su límite, el *cull du sac* o abismo con el que todo pensamiento crítico tiene que vérselas ante la imposibilidad de encontrar una explicación coherente del horror y la bestialidad humanas.

"Hay signos en el cielo. Llueven piedras y golpean a todos los vivientes. Ciudades enteras han sido destruidas... muere gran cantidad de hombres". Así narra el poeta francés Guillaume de Machaut a mediados del siglo XIV las muertes causadas por la famosa peste negra que asolaba el norte de Francia (1349-1350). El terror universal de la enfermedad concedía a estos rumores el peso suficiente para desencadenar matanzas de judíos, justificadas a los ojos de las multitudes asesinas, por los rumores de que ellos envenenaban los ríos. Las comunidades medievales tenían tanto miedo de la *peste* que su propio nombre les horrorizaba y evitaban incluso pronunciarla. Pero su impotencia era tal que confesarla no era afrontar la situación sino abandonarse a sus efectos disgregadores, toda la población se asociaba a ese tipo de ceguera y la voluntad desesperada de negar su impotencia favorecía la caza de los ancestrales "chivos expiatorios".

Las persecuciones colectivas o violentas perpetradas directamente por multitudes homicidas tales como la matanza de judíos durante la peste negra, estimuladas generalmente por una opinión pública sobreexcitada, constituyen un conjunto de hechos relativamente conocido. Se desarrollan preferentemente en periodos de "crisis" que se caracterizan por el debilitamiento de las instituciones vigentes y que favorece la formación de multitudes, de agregados populares espontáneos, susceptibles de sustituir por completo unas instituciones debilitadas, de ejercer sobre ellas una presión decisiva o de dejarse llevar por los delirios personificados por algún paranoico en el poder.

Las circunstancias que favorecen a este tipo de fenómenos pueden ser situaciones de miseria o disturbios políticos, da lo mismo, lo patético es que mientras las causas de tal despliegue de horror, difícilmente se aclaran, quienes las sufren las viven siempre de la misma forma, como degradación y humillación sin límites.

Los regímenes totalitarios y la decadencia cultural son congéneres y ejercen su influencia despiadada sobre el lenguaje que, en definitiva, me adhiero a Georg Steiner, no puede apartarse de la política, ni de sus códigos de significación, ni del futuro.<sup>2</sup> Las interrogantes que se plantean son entonces directas: “¿Cuáles son las relaciones del lenguaje con las criminales falsedades que se le han hecho expresar y exaltar dentro de ciertos regímenes totalitarios? ¿O con la carga enorme de vulgaridad, imprecisión y codicia que arrastra en las culturas de masa de las democracias? ¿Cómo reaccionará el lenguaje ante el apremio, cada vez más acuciante de códigos más exactos?” ¿Estamos saliendo acaso de una era histórica de primacía verval, para entrar en una fase de lenguaje caduco, de jergas degradadas, de imprecaciones de odio, de formas postlingüísticas o, acaso, de formas de silencio parcial?

Matanzas coloniales, destrucción cínica de recursos naturales y animales, asesinato masivo de hombres: judíos, indígenas, negros, étnias diversas. Macro-aparatos expertos en genocidio: nazismo, stalinismo, maoísmo. Asesorías militares internacionalizadas. Guerra permanente. Los gritos de los asesinados pueden aún escucharse y el sadismo está una calle no muy lejos de la nuestra. Lo ignoramos, no queremos escucharlos. Pero ante la contundencia de los hechos, que ingenuo sería aceptar el consuelo de que la catástrofe judía fue un fenómeno alemán o una calamidad accidental centrada en la persona de este o aquel gobernante totalitario. En todo caso que está fuera de casa y no nos atañe directamente. Si despunta, es traída desde afuera de casa por el “otro”, el extraño, el indeseable. ¡Es un complot! Habrá que estar atentos, pertrecharse. Y recomienza de nuevo desde la latencia al estallido el círculo del horror.

Diez años después de que la Gestapo hubiera salido de París, los compatriotas de Voltaire estaban torturando argelinos o torturándose entre sí. Hace menos de dos años en la matanza de Acteal se acribillaba a reductos de indígenas en el Estado de Chiapas. La amenaza del ejército mexicano para los indígenas, en ese Estado, sigue hasta hoy presente.

La mansión del humanismo clásico y el sueño de la razón que animaba a la sociedad occidental, incluida la nuestra, se derrumba casi en su totalidad. Las ideas de adelanto cultural y de su racionalidad

<sup>2</sup> Georg Steiner, *Lenguaje y Silencio. Ensayos sobre la literatura, el lenguaje y lo inhumano*, México, Gedisa, 1990.

inherente, mantenidas desde la Grecia clásica, todavía válidas en el horizonte utópico de Marx y garantes apologeticos del neoliberalismo, resultan caducas. Las miras del hombre tecnológico, en cuanto ser moldeable a las manipulaciones del odio político y la embriaguez sádica, se prolongan hacia la destrucción que vemos desarrollarse con una lógica despiadada en los acontecimientos actuales.

El pensador italiano Giorgio Colli, en *El libro de los muertos*, lamenta la celeridad con que fue levantado el estado de emergencia que reinaba en Europa a finales de la Segunda Guerra.<sup>3</sup> Se volvía con demasiada prontitud -dice- a un estado de normalidad que, si bien era anhelado, no prestó atención al hecho de que erigía, prematuramente, so pretexto de la reconstrucción una cortina de amnesia sobre la devastada condición humana concreta. Dehodorizando a toda prisa un duelo incompleto, se reinstalaron los compartimentos nacionales, cerrando los ojos a las profundas distensiones no resueltas que pasaron, otra vez, a germinar la ira, el odio y los deseos de revancha en estado latente. Cruel pesadilla del "huevo de la serpiente" puesto de nuevo a incubar. Pronto se volvió de mal gusto traer a la conversación los lamentables hechos recién ocurridos. Las nuevas generaciones respiran una sórdida continuidad silenciosa e inexplicable que pronto deviene agobiante, tierra fértil y desmemoriada para que prenda cualquier vieja consigna mesiánica con nuevos ropajes. El escenario social del olvido masivo cobra el aspecto de una pieza del teatro del absurdo para que opere una némesis implacable, ahora superpotenciada por la tecnología "mediática".

En el filme *Europa*, del director Lars von Trier (1991), se recrea un descenso en tren, a una Alemania recién terminada la Segunda Guerra. El ingenuo y bien intencionado joven que quiere creer, fervientemente, que la guerra ha terminado, va a ir cayendo paso a paso, sin darse cuenta, en las redes aún intactas de la xenofobia y el orgullo resentido que aguarda tan sólo un resquicio para manifestarse a plena luz. Las reservas psíquicas en la base de las sociedades nacionales, detectadas por pensadores y artistas, nos muestran que la trama represiva del olvido guarda una relación proporcional con las reservas de violencia cristalizada y al borde del estallido, se trata de una modernidad que se niega a reconocer su fracaso espiritual.

<sup>3</sup> Giorgio Colli, *El libro de nuestra crisis*, Paidós, España, 1990.

En la medida en que la crisis afecta fundamentalmente a lo social, hay una fuerte tendencia a explicarla por causas sociales, políticas, económicas e incluso morales, pues lo que se pone en cuestión es el conjunto de las relaciones humanas. Pero no se va más allá. La violación de los derechos humanos no es una situación excepcional sino la condición que asienta a la normalidad de las sociedades actuales. La violencia impregna la atmósfera cotidiana de la época, es su sello cultural característico. La gratuidad de la agresión y el asesinato ha devenido en producto exhibible y comercializable. Los individuos, mientras tanto, tienden a preferir achacar todo a la sociedad en su conjunto, cosa que no les compromete a nada, o bien a otros individuos que les parecen especialmente nocivos por unas razones difíciles de descubrir: antes de culparse a sí mismos se culpa a los sospechosos de crímenes.

El círculo del yo permanece cerrado en la esfera más cerrada de la multitud.

“La multitud siempre tiende a la persecución”. Lo que a la turba no consigue interesarle son las causas, quiere satisfacer su apetito de violencia. Los miembros de la multitud siempre son perseguidores en potencia que sueñan con purgar a la comunidad de los elementos impuros que la corrompen, de los traidores que la subvierten.

El momento multitudinario de la multitud coincide con la oscura llamada que la congrega, que la moviliza, o en otras palabras, que la transforma en *mob*. Efectivamente este término viene de *mobile*, tan distinto de *crowd* como en latín turba puede serlo de *vulgus*...

El estudio antropológico de Elías Canetti relativo a la patología social y cultural de la época en masa y poder, alumbra el horizonte al que queremos referirnos. La frase con la que inicia los dos tomos de su investigación sobre el tema, de inmediato nos pone en la pista: “*Nada teme más el hombre que ser tocado por lo desconocido*”. Entrar en contacto con lo inesperado, reconocer algo como extraño, puede llegar incluso a convertirse en pánico. Desnudo y expuesto, sujeto a cualquier golpe inesperado, ni siquiera la ropa le ofrece suficiente seguridad, pues es fácil desgarrarla y penetrar hasta la carne desnuda. Todo lo que él

mantiene apartado de sí “con artes y mañas” desde lejos puede alcanzarlo con facilidad. Espadas, lanzas, flechas son capaces de penetrar en él. Ha inventado el escudo, la armadura, el teléfono, el internet, el coche, para guardar, la distancia; ha levantado murallas y fortalezas enteras, pero la seguridad que más desea es el sentimiento de *invulnerabilidad* que termina por traicionarlo.

La aversión al contacto no nos abandona tampoco cuando nos mezclamos entre la gente. La manera de movernos en la calle, entre muchos hombres, en restaurantes, en ferrocarriles, y autobuses, está dictada por este terror. Incluso cuando nos encontramos muy cerca unos de otros, cuando podemos contemplar a los demás y estudiarlos detenidamente, evitamos en lo posible entrar en contacto con ellos. Si actuamos de otra manera sólo es porque alguien nos ha caído en gracia y entonces el acercamiento parte de nosotros mismos.<sup>4</sup>

En suma, si todas las distancias que el hombre ha creado a su alrededor han surgido de este temor a ser tocado, todo el mundo de reacciones psíquicas en torno a tal hecho, en su extrema inestabilidad e irritabilidad, demuestra -observa lúcidamente Elías Canetti- que se trata de algo muy profundo que nos mantiene en guardia y nos hace susceptibles de un proceso que jamás abandona al hombre una vez que se ha establecido los límites de su persona. Texto denso y páginas escalofriantes referidas al análisis de quizá el fenómeno más urgente de nuestra época, la masa, esbozo de conceptos nuevos y propuestas sugerentes que reformularían todo un programa sociológico.

“Sólo inmerso en la masa puede el hombre redimirse de este temor al contacto”. Se trata pues, de la única situación en la que el temor a ser tocado se convierte en su opuesto. Sólo se necesita de la densa masa, dejar de prestar atención a quién es el que le “estrecha” a uno. En este caso igual todos son iguales entre sí, de manera que quienquiera que sea el que se oprime contra uno, se le encuentra idéntico a uno mismo.

De pronto todo acontece como dentro de un cuerpo. Acaso sea

<sup>4</sup> Elías Canetti, *Masa y Poder*, Alianza, España, II Tomos. Ver todo el primer apartado.

ésta una de las razones por las que la masa procura estrecharse tan densamente: quiere desembarazarse lo más perfectamente posible del temor al contacto de los individuos. Cuanto mayor es la vehemencia con que se estrechan los hombres unos contra otros, tanto mayor es la certeza con que advierten que no se tienen miedo entre sí. Esta *inversión al ser tocado* forma parte de la masa.

Lo primero que en la masa salta a la vista es su impulso de destrucción, en primera instancia, un ataque a todos los límites. El mismo ser singular tiene la sensación de que en la masa sobrepasa los límites de su persona y se siente aliviado, ya que todas las distancias que lo volvían a sí mismo y lo encerraban en sí quedan abolidas.

El quiere estar siempre, pero más aún, quiere estar cuando los otros ya no estén. La forma más baja de supervivencia es matar. Se mata al animal del que uno se alimenta de la misma manera que se quiere matar al hombre que se interpone en el camino, que se le opone y que se yergue ante él como enemigo. Sólo cuando lo derriba siente que él aún existe y el otro ya no. Cuando el muerto no es uno mismo, el momento de percepción de la supervivencia es el momento del poder y, sólo entonces, el espanto ante la visión de la muerte se disuelve en satisfacción. El muerto yace, el superviviente está de pie.

Todos los deseos humanos de inmortalidad contienen algo de la manía de sobrevivir. Y la satisfacción de sobrevivir, que es una especie de voluptuosidad, puede convertirse en una peligrosa e insaciable pasión, de la que incluso los poderosos de la tierra no están del todo asegurados.

Pero, como cualquier otra cosa, el poder también tiene fin, en el momento en que uno se sustrae a su juicio, el gobernante corre peligro. Hay que agregar además que el poderoso de hoy es el más poderoso de todos los tiempos, pues con sus modernas armas puede destruir a todos los hombres que habitan el planeta. No obstante, su supervivencia no está garantizada cuando la destrucción puede alcanzarlo a él mismo. La capacidad de destrucción de un arma nuclear es hoy tan ilimitada, como su activación imprevisible.

“El aire está cargado de algo nauseabundo, y se aprecia el inconfundible hedor del fascismo en la brisa”.

En un reportaje reciente, la escritora hindú Arundhati Roy denuncia la utilización de la energía nuclear con fines bélicos, quiere desenmascarar la hipocresía con la que las armas nucleares se presentan, específicamente en la India, como garantes de la paz o medios de “disuasión”. Más bien, lo que se advierte, asegura, es que la nueva situación creada tras los cambios geopolíticos propiciados por el final de la guerra fría y el acceso a este armamento de países del Tercer Mundo, potencia el peligro absolutamente real de provocar en unos segundos la destrucción de la vida entera del planeta.

Las pruebas nucleares de la India, la manera en la que se realizaron, la euforia con la que fueron acogidas por los hindúes es indefendible. En efecto, descubre que “el fascismo tiene tanto que ver con la gente como con los gobiernos, empieza en casa, en los salones, en los dormitorios”.

Colonialismo, apartheid, esclavitud, limpieza étnica, guerra bacteriológica, armas químicas.

Nuestras ciudades y nuestros bosques, nuestros campos y nuestros pueblos, arderán durante días. Los ríos se volverán veneno. El aire se convertirá en fuego. El viento extenderá las llamas. Cuando todo lo que sea capaz de arder haya ardido y el fuego se apague, se elevará el humo y ocultará el sol. La tierra quedará envuelta en la oscuridad. El agua se convertirá en hielo tóxico. La lluvia radioactiva penetrará en la tierra y contaminará las aguas subterráneas. La mayoría de los seres vivientes, plantas y animales, peces y aves, morirán. Sólo las ratas y las cucarachas crecerán y se multiplicarán y competirán con los humanos por la poca comida que quede.<sup>5</sup>

La persona que estaba en mi seminario tardó mucho tiempo en contarme todo. Hemos sido humillados y quisiéramos borrarlo. Pero un impulso más fuerte obliga a veces a abrir una vez más la herida, en el caso de Susana Ralsky, ese impulso se vincula no casualmente con su tradición.

No se cuántos años más pasaron. Un día Susana me pidió que leyera su texto. Y recordé un viejo artículo de Steiner -*Nuestra tierra natal*,

<sup>5</sup> Ver Arundhati Roy, *El final de la imaginación*, Anagrama, Barcelona, 1998

*el texto*- que me hizo más clara la comprensión de su decisión de hablar.<sup>6</sup> Más o menos, Steiner recuerda que en el judaísmo posterior al exilio, o tal vez un poco antes, la lectura activa es el resorte fundamental del regreso a la tierra natal, lo mismo para el individuo que para la nación entera. El encuentro con la Tora, dice, se da en lugar del llamamiento y a la hora del llamamiento (es decir "de día y de noche"). La morada asignada, atribuida a Israel, es la Casa del Libro. El patrimonio de este pueblo es la escritura. El carácter central del libro coincide con la condición del exilio y la encarna. "El texto era instrumento de supervivencia en el exilio, una sobrevivencia que se dio en el seno de vientos aniquiladores".

En el mismo sentido la *escritura* ha sido sin duda la garante indestructible, la "suscriptora" de la identidad del judío, por los siglos de los siglos. "Como el caracol, apuntando los cuernos hacia la amenaza, el judío llevó a cuestas consigo su casa del texto. ¿De qué otro domicilio disponía?"

Dice una explicación cabalística y asidea que el mal se filtró en nuestro mundo por la grieta, fina como un cabello, de una letra y una sola mal trazada: los sufrimientos del hombre, y en especial los del judío, se deben a la errónea transcripción de una sola palabra o de una sola letra cuando Dios dictó la Tora al escriba elegido. Esta siniestra fantasía nos revela el carácter que puede tener el código de un cródigo, pero concuerda, sobre todo, con la definición del judío como el que nunca suelta un lápiz o pluma cuando lee, un ser que aun en los campos de exterminio (como ha llegado a suceder) está dispuesto a corregir un error de imprenta, o enmendar un texto dudoso, de camino hacia la muerte.

No se trata, sin embargo, de preocupaciones bizantinas, lo que está en juego es el signo de la verdad y con ello el de la vida. Cuando Susana nos refiere la exposición del Museo Norteamericano a la Memoria del Holocausto insiste en subrayar la originalidad del montaje a partir, precisamente, de los hallazgos de valiosos registros, documentos escritos, diarios personales y de la comunidad, testimonios diversos que la gente del *ghetto* había enterrado y recuperado después de la guerra. En todos

<sup>6</sup> Georg Steiner, "Nuestra tierra natal, el texto" en Revista *Vuelta*, núm. 106, año IX, vol. 9 septiembre de 1985, México, pp. 7-15. Traducción de Ulalume González de León.

los *ghettos* obedeciendo la vieja tradición comunitaria judía, se llevaba un registro diario de lo sucedido.

El mismo texto de Susana se inscribe en la pervivencia de esta tradición del solo arraigo en la palabra y el texto como tierra natal. Pues como su texto mismo nos lo demuestra, la sola presencia del texto en la memoria fiel y en la búsqueda de un puñado de errantes viajeros, nómadas del mundo, bastaría para evitar su desaparición.

El texto de Susana suscita, desde mi punto de vista, todas las reflexiones teóricas en torno a la explicación de lo incomprensible: cómo el individuo olvida su vulnerabilidad en cuanto se convierte en masa de asesinos, el miedo que aterroriza la invulnerabilidad del sobreviviente, el móvil de la negación de la existencia del otro, los *pogroms* de la mochedumbre lituana, la tortura, el exterminio.

No voy a insistir aquí en los vínculos entre la violencia y lo sagrado magistralmente expuestos por René Girard a lo largo de sus preocupaciones intelectuales. No me detendré a exponer sus argumentos, más bien, lo que me importa, es destacar el hilo de su exposición, como la violencia en tanto fuerza que sobrepasa al hombre e incluso lo domina es tratada en las sociedades arcaicas a través de esfuerzos rituales inusitados en el propósito de convertirla en pulsión susceptible de ser espiritualizada. En principio, no desconocer este dato: que la violencia inherente al ser humano constituye la clave de un conocimiento propio.

Lo que el individuo no quiere ver es que la violencia se deriva de una vulnerabilidad y fragilidad humana que, en realidad, deberán hacernos más humildes. Suena a credo. O a "deber ser" pasado de moda. Los argumentos con los que el "conocimiento científico" obstinadamente se cierra en su ignorancia. El dato es objetivo, se dice, y la desvinculación de la ciencia con el perfeccionamiento espiritual del individuo se considera fatuo. Puesto que crecemos y vivimos en un "contexto social", la misma psicología se empeña en insistir que el desarrollo de la personalidad debe de ser maleable a las influencias sociales. Situar la relación interior con sí-mismo antes que la relación exterior con las personas frecuentemente es criticado. Para los estudios sociológicos, la cuestión carece de importancia.

A pesar de ello, cabe recordar el pensamiento de C.G. Jung, de que la relación satisfactoria con la gente tiene su origen en la relación satisfactoria con el sí-mismo y: "la relación consigo mismo es al propio

tiempo la relación con el prójimo, y nadie tiene la vinculación con éste si antes no la tiene consigo". Al negar al alma, la cultura moderna concibe al individuo meramente como cifra intercambiable. Pero si prestamos la debida atención, el individuo posee también una vida interior insustituible y singular, única clave para cambiar los estereotipos de la cultura.

Asumir la responsabilidad personal de la propia sombra y dejar de proyectarla en los demás, en la soledad, entra en contacto con nuestras necesidades y sentimientos más profundos, pensar, innovar y mantener el contacto con el mundo interior propio, aprender a ser huéspedes de sí mismos y del mundo natural, reaprender continuamente nuestros límites, pueden ser verdades humildemente inmediatas, percibibles en nuestra respiración, y en el paso de la sombra que arrojamos sobre el suelo inconcebiblemente anterior a nuestra apariación, son también una verdad terriblemente abstracta, moral y psicológicamente exigente.

Es en este orden de ideas que el texto de Susana Ralsky nos conmueve y devuelve la esperanza. Asimismo creo que la misma actitud moral que Arundhati Roy suscribe en la resistencia, la podría firmar Susana. ¡Que extraño! Una hindú y una judía, dos tradiciones tan opuestas, resultan finalmente más cercanas de lo que pudiera creerse:

**Amar. Ser amado. No acostumbrarse nunca a la propia insignificancia. No acostumbrarse nunca a la violencia incalificable y a la vulgar incongruencia de la vida a tu alrededor. Buscar la alegría en los lugares más tristes. Perseguir a la belleza hasta su guarida. No simplificar nunca lo complicado ni complicar lo sencillo. Respetar la firmeza y la decisión, pero nunca la fuerza. Por encima de todo, observar. Probar y aprender de los errores. No mirar nunca hacia otro lado. Y nunca, nunca olvidar.**